

# EL PAPEL del experto

## Conflictividad y liderazgo entre 1989 y 2004

### Resumen

*Para Bujanda, las transformaciones sociales, por lo tanto, estructurales, conllevan a un nuevo discurso del orden. Así, articula su estudio entre el "discurso del Amo" y el "discurso de la Universidad" dentro del panorama venezolano a partir de El Caracazo, en 1989. La opinión del experto ante la opinión del líder, en medio de una conflictividad alimentada por la propia imposibilidad de suplantarse mutuamente. También traslada el conflicto al escenario mediático, palestra donde se debaten las teorías de unos y otros buscando legitimidad. La complejidad del momento histórico no permite una clara comprensión de la política actual, fruto de las convulsiones estructurales del pasado. Es ahora cuando los discursos construidos desde los dos sectores no reconocen al otro y sienten su estancamiento. Se parte de un 27 de febrero para llegar a un punto más allá del realismo mágico, en el que, viendo su complejidad, la verdad tiene forma de ficción.*

### Abstract

*For Bujanda, social –and therefore structural– transformations involve a new discourse of order. He therefore articulates his study in terms of the "discourse of the Master" and the "discourse of the University" in the context of post-1989 (ie post-Caracazo) Venezuela. The opinion of the expert vis-a-vis the opinion of the leader amid a conflict fed by the very impossibility of replacing one another. He also transfers the conflict to the world of the media, in which the theories of each are debated in the search for legitimacy. The complexity of the historical moment does not allow a clear comprehension of current politics, which are the product of structural convulsions of the past. It is now that the discourses constructed by both sectors refuse to recognise one another and experience their own stagnation. Starting with 27 February, he reaches a point beyond magic realism, in which, from the point of view of its complexity, truth takes the form of fiction.*

**H**ay una anécdota singular del Mayo Francés que vale la pena rescatar para esta reflexión: Cuando las paredes de París eran una gran consigna política, y desde las aulas universitarias surgían los clamores de lo que se le denominaría después, con pomposa retórica posmoderna, el embrión del General Intellect, muchos estudiantes "rojos" deseaban saber qué pensaba Jacques Lacan de la revuelta.

### ENTRE EL CAUDILLO Y EL EXPERTO

Había muchas expectativas en esa época con lo que pudiera decir uno de los pilares del pensamiento post-estructuralista (con Foucault, Deleuze y Derrida a la cabeza). Sin embargo, el sucesor de Freud y renovador del psicoanálisis se tardó justo un año en hablar. Lo hizo en el seminario que impartió entre 1969-1970, al que tituló *El reverso del psicoanálisis*, precisamente porque quería referirse a la inevitable dimensión social que se oculta detrás de todo proceso clínico.

Lacan centró su razonamiento en aquel célebre *graffiti* que apareció en las calles parisinas en contra del estructuralismo, que era percibido entonces por las vanguardias revolucionarias como un pensamiento dogmático: "¡Las estructuras no caminan por la calle!" Lacan, por el contrario, quiso subvertir el contenido de esa frase, y con ello presagió una etapa que se ha prolongado hasta nuestros días. Afirmó que ¡las estructuras sí caminan por las calles!

El interés general de Lacan era demostrar cómo Occidente estaba pasando del tradicional discurso del Amo, al discurso de la Universidad, es decir, de la figura autoritaria que tanta sangre hizo correr por la Europa nazi y fascista de la primera parte del siglo XX (el poder sobe-



rano concentrado en la figura del caudillo), a la del dominio del saber científico, de las estadísticas y los expertos. Lo interesante de este asunto es que las formas de dominación no fueron negadas por Lacan, sino reforzadas. No se trataba de insistir en mundos horizontales, ni en utopías de reconciliación: “Como históricos, ustedes exigen un nuevo amo. ¡Lo tendrán!”

La interpretación que le da Slavoj Žižek a este planteamiento (uno de los pensadores que mejor difunde las ideas lacanianas dentro de la reflexión política), es que Lacan trató de describir el paso del régimen hegemónico prerrevolucionario (y político), al régimen post-revolucionario (y post-político), en el que el nuevo Amo se niega a admitir que lo es y se presenta como un simple servidor, un experto neutral que “sabe cómo son las cosas en realidad”<sup>1</sup>.

Perderíamos toda la complejidad del planteamiento si asumimos que el discurso de la Universidad suplantó para siempre el discurso del Amo, y que nuestras peores pesadillas políticas se reproducen por un fenómeno inexplicable de retorno al primitivismo bolivariano (¿no sigue siendo el Libertador la figura del caudillo carismático por excelencia?).

El planteamiento de Lacan es mucho más complejo: el hombre es una mezcla indefinida de inclusiones y exclusiones que encuentran diversas formas de expresión, y que siempre se producen con respecto a una autoridad simbólica. De manera que no hay salvación alguna: como históricos, siempre estaremos a la búsqueda de un nuevo amo. Este tema es esencial para el psicoanálisis y se le denomina la transferencia: La idea de que alguien —un Otro— posee lo que nos hace falta para resolver, o salir airosos, de una situación<sup>2</sup>.

Lacan invita a que asumamos el hecho estructural de que estamos condenados a vivir en tensiones y antagonismos irresolutos, y atrapados en las formas que adquieran nuestros amos: del caudillo bolivariano al tecnócrata formado en las consignas del FMI. Del héroe telúrico y barrial, al experto en políticas sociales que jamás ha salido del IESA. De los círculos de la esquina caliente, en la Plaza Bolívar, a la dinastía de los analistas políticos de la prensa y la televisión, que dictan agenda y moldean la temática pública. De la subjetivización política de las masas, a su reificación objetiva a través de diversas técnicas de saber ¿Estas tensiones no ocultan el conflicto más decisivo que afrontamos hoy, entre el nuevo modelo de democracia participativa y la nostálgica democracia representativa?

“

**Quizá, aún estemos a tiempo de interiorizar la lección fundamental que se desprende del seminario de Lacan, y retomar algunas fuentes teóricas que parecían superadas, con el objeto de explicar la naturaleza de nuestra conflictividad social**

”

La intención general del seminario de Lacan era demostrar cómo las mutaciones estructurales sí pueden explicar explosiones sociales como las de Mayo del 68. No en vano, la protesta nació en las profundidades de la Universidad, y marcó una nueva etapa en el capitalismo mundial: el consejo del experto y de las instituciones especializadas valen más que la opinión de cualquier mortal. ¿No se basa el modelo de globalización, que a marcha forzada se está imponiendo en el planeta, precisamente en esta posición del Amo Universitario: una comunidad mundial organizada alrededor de expertos e instituciones presuntamente neutrales como el FMI, el Banco Mundial, el G-8, la OMC, el Consejo de Seguridad de la ONU, que hablan por los demás y gestionan conflictos desde una posición externa? ¿No significa la multiplicación de fenómenos sociales y telúricos asociados a nuevos nacionalismos, el retorno de lo que con tanto esmero se trató de excluir en el proceso de globalización, dirigido precisamente por expertos e instituciones “neutrales”<sup>3</sup>?

Quizá, aún estemos a tiempo de interiorizar la lección fundamental que se desprende del seminario de Lacan, y retomar algunas fuentes teóricas que parecían superadas, con el objeto de explicar la naturaleza de nuestra conflictividad social, de este período “oscuro” que hay entre el 11 de abril de 2002 y el 15 de agosto de 2004, en el que prácticamente nos quisimos aniquilar unos a otros, y soñamos, en medio de la pesadilla antagónica más radical, la

construcción *de facto* de un país limpio de diferencias, sin bacterias políticamente contaminantes.

## **27-F, DE LO MOLAR A LO MOLECULAR**

Quizá es hora de que pongamos atención a los sucesos más traumáticos de nuestra historia reciente, capturemos sus principales formas y descubramos la inusitada consistencia con que se siguen repitiendo en el tiempo. Hablo del 27 de Febrero de 1989, el día en que se produjo la revuelta social que puso a prueba la lánguida institucionalidad de nuestra tradición democrática. Ese día, por primera vez, una insurrección generalizada (un desconocimiento radical de todos los manuales de urbanidad y de los principios sacrosantos de la propiedad privada) se batió a duelo contra un modelo democrático que se jactó, por décadas, de ser una referencia en el Continente.<sup>4</sup>

Hay acontecimientos que borran de un trazo el pizarrón del presente. Lacan utiliza para estos casos el término “trauma”, es decir, un momento donde lo Real monstruoso rompe con los esquemas de comprensión y de explicación habituales, y obliga a una reestructuración decisiva de las cosmovisiones (generalmente, por contenidos excluidos que regresan en el tiempo con su feroz factura pendiente). Žižek llamaría a estos acontecimientos el “momento de las expectativas utópicas”, es decir, el instante en que se abren radicalmente las perspectivas para el ejercicio de la política.<sup>5</sup>

¿Pero qué significa entonces el 27 de Febrero en el análisis de nuestro panorama político más reciente? La radical disolución del tejido institucional de nuestra democracia representativa; la respuesta violenta y brutal, a través del estado de excepción, de un régimen en disolución; la polarización socioeconómica, cuyas expresiones fundamentales se materializan en desprecio y resentimiento; la reaparición y circulación de contenidos socio-culturales que se creían disecados en el diorama de la historia (como las retóricas militaristas, nacionalistas, patrióticas, justicieras); el choque frontal y masivo contra una nueva *estructura de gobierno* que comenzaba a extenderse por toda Latinoamérica y el mundo: el mercado global como maquinaria biopolítica (donde el experto tendrá un puesto central en las decisiones públicas), en detrimento del Estado como regulador de lo social.

El 27-F, como reacción social que

rompe todos los esquemas de comprensión política, como aparición de una violencia cruel estatal nunca vista en el siglo XX, debe ser analizado como el verdadero acontecimiento “revolucionario” de nuestra historia finisecular. Es decir, el acto/suceso que reprograma radicalmente el panorama político nacional, que deshila las antiguas lealtades y abre el campo de lo social a nuevos conflictos, a nuevos imaginarios, asociaciones y decisiones.

El pensador italiano Antonio Negri diría que el 27 de Febrero fue el acontecimiento que liquidó las estructuras molares ineficaces, burocráticas y paralizadas del Estado, y liberó un flujo dinámico molecular. El resultado: un acelerado proceso de desidentificación de las relaciones de poder existentes. Si evaluamos el 27-F como el gran acontecimiento que destruye un sistema y abre las posibilidades de otros destinos políticos, podremos ver con nueva luz (sin dogmatismos ni maniqueísmos) el turbulento período que se inauguró con Hugo Chávez, y que se radicalizó a partir de abril de 2002.

#### LA EXCEPCIÓN COMO REGLA

Los que gustan manejarse en el terreno de la causalidad, dirán que el segundo gobierno de Carlos Andrés Pérez nació muerto. Es decir, paralelamente a que sus técnicos descubrieron que la Administración del Estado era un elefante blanco sin dinero, la sociedad se fragmentaba en mil pedazos a partir del 27-F, apenas unas semanas después del “saudito” acto de investidura del nuevo Presidente. Estrictamente hablando, ninguna causa concreta, ningún *medicito* de más en el pago del litro de gasolina, ningún aumento en el pasaje interurbano, pueden explicar en toda su dimensión la manera en que se derrumbó en pocas horas un régimen político, una tradición constitucional.

Hay muchas cosas que preguntarse desde entonces, por lo cual se impone una nueva lectura de los hechos. La Historia es una constante reactualización de contenidos e imaginarios sociales. Y hoy se nos impone volver a esos sucesos para explicar lo que viene ocurriendo como una pesadilla cotidiana.

La respuesta del gobierno de CAP al caos social no fue política, fue militar: desató una violencia cruel, excepcional, con el alegato de hacer regresar las cosas a su “normalidad”. La suspensión de garantías nos colocó en la indefensión ciudadana más letal, y en la cual la gran mayoría de los ve-

66

**El pensador italiano Antonio Negri diría que el 27 de Febrero fue el acontecimiento que liquidó las estructuras molares ineficaces, burocráticas y paralizadas del Estado, y liberó un flujo dinámico molecular. El resultado: un acelerado proceso de desidentificación de las relaciones de poder existentes.**

99

nezolanos no valía ni su vida. Sin duda, hay un punto de quiebre entre la normalidad antes del 27-F y la que emergió después de que las Fuerzas Armadas regresaran a sus cuarteles, con un país en luto y violentamente desfigurado.<sup>6</sup>

El filósofo Giorgio Agamben ha venido estudiando con mucha lucidez el paulatino desmantelamiento del Estado de Derecho a nivel global, y su propuesta parte de una nueva lectura de las *Tesis de la Historia* de Walter Benjamín, para tipificar las características del nuevo orden mundial (que empezó a erigirse a finales de los años 80, cuando cae Moscú, y también cuando Venezuela y Sudamérica son víctimas de las explosiones sociales): *el estado de excepción se ha convertido en regla*.<sup>7</sup>

El planteamiento de Agamben es que la dimensión negada del orden constitucional y político de la modernidad es la del *campo de concentración*, es decir, el territorio biopolítico en que el Estado, como máxima instancia de poder, no sólo decide “hacer vivir y dejar morir”, sino también, y de manera decisiva, “hacer sobrevivir”. La biopolítica, como la concibe Agamben (partiendo de Foucault), divide tácitamente el cuerpo del soberano en dos formas, una sagrada (la del ciudadano insacristable, que tiene derechos, lenguaje y capacidad de participación en los asuntos públicos) y la *nuda vida*, aquella que está tipificada como pura naturaleza, puro instinto (los bárbaros, los sin lenguaje, los marginales que, aunque

tienen derechos consagrados en la Constitución, la práctica del poder no los considera vitales para la vida de la ciudad y los circuitos de producción).

Los agudos análisis de Agamben sobre la biopolítica actual hablan de un poder que busca producir cuerpos con características y derechos cada vez más difusos, más miméticos, en los que las fronteras entre lo civilizado y la barbarie son cada vez más relativas, y lo único que adquiere valor —*cuando el estado de excepción se convierte en regla*— es precisamente la elemental necesidad de sobrevivir.

#### GUERRA CIVIL Y MEDIOS

Las distintas radiografías de la violencia urbana que se han hecho de los años 90<sup>8</sup> han puesto el énfasis en la acelerada desidentificación del hombre con las instituciones de justicia (cuerpos policiales, defensores públicos, tribunales), y también en la dramática crisis de interpelación que tienen estos organismos e instituciones con el ciudadano. Susana Rotker describió pertinentemente el fenómeno como un cuadro de “guerra civil”. Lo decisivo aquí es enlazar esta guerra civil cotidiana que viven nuestras ciudades, con un proceso de acelerada extensión de la figura del régimen de excepción (donde los derechos fundamentales de la Constitución están suspendidos en la práctica cotidiana).

La disolución definitiva de las fronteras entre Derecho y hecho político, entre Constitución y vida, entre Norma y anomia (confusión propia que se produce en el campo de concentración), se agravó de manera decisiva a partir del 27 de febrero. El caos social y la violencia del régimen democrático coincidieron y se hicieron indiscernibles, bien porque el Estado ya no podía cumplir su papel de contenedor de las diferencias sociales, bien porque con una agenda multilateral (“el llamado consenso de Washington”) se buscaba que las manos invisibles del mercado (sobre todo mundial) asumieran el rol protagónico de estructuración de las relaciones sociales. De esta manera, el país empezó a navegar a la deriva de un régimen de excepción, donde la vida en general se confundía con la muerte, y la violencia con el Estado (vale la pena decir que tanto la vida como la Norma se hacen indiferentes en el estado de excepción).

En medio de esta “tierra sin ley”, ¿no fueron precisamente los medios de comunicación la única institución que simulaba el juego de identificación de lo social con

el Estado? ¿No fueron ellos los únicos supervivientes del largo período de excepción? ¿No son ellos los que se convirtieron en verdaderos gestores de lo político? Quizá, haya que ser más radical con estos planteamientos y proponer a los medios —impresos y audiovisuales— como los grandes beneficiarios de la excepción. Han sido los reforzadores (y a veces creadores) de las distintas fantasías sociales que surgieron después del 27-F, que iban del miedo residencial a la expansión de la marginalidad, de la satanización de lo popular al encerramiento hogareño, de la individualización de la sociedad al desprecio por lo político.<sup>9</sup>

#### AÑOS SIN LEY: PARANOIA Y ROBO DE GOCE

¿La radical desidentificación del venezolano con las instituciones del Estado, así como su dramática ineficacia para interpelear a sus ciudadanos, no es acaso la mejor fórmula para comprender la acelerada nuclearización de algunos sectores de la sociedad, agobiados por el miedo y la impunidad reinante? ¿No es también esta tierra de nadie en que se convirtió el país, la mejor condición para el renacimiento de la política, con todas sus tentaciones? Habría que subrayar, con Agamben, que cuando la sociedad coincide con un agudo estado de excepción, la *nuda vida* (lo instintivo, la lucha por la supervivencia) se convierte en el lugar esencial de la política, pues ésta termina articulándose a partir del elemental reclamo del derecho de vivir. Quizá por esa razón nos ha costado tanto trabajo definir a los actores políticos del presente, y aún usamos categorías tradicionales (izquierda /derecha, libertad/dictadura, democracia/totalitarismo) para tipificar las formas de asociación e identificación que han nacido del más severo régimen de anomia y excepción<sup>10</sup>.

Tengo la impresión de que el principio que estructura el actual populismo en Latinoamérica tiene que ver con la desintegración agresiva del Estado-Nación durante los años 90, en países que arrastraban problemas estructurales de viabilidad política, exclusión cultural y desigualdad socioeconómica. El rasgo sintomático de esta situación es la vuelta, en medio del caos y de la excepción como regla, de creencias que apelan a la “Cosa primordial”. De ese pozo sin fondo, abierto por el volcán del 27-F, han salido los principales imaginarios políticos de la era Chávez<sup>11</sup>.

La aparición de “caudillos” o líderes que

66

**Tengo la impresión de que el principio que estructura el actual populismo en Latinoamérica tiene que ver con la desintegración agresiva del Estado-Nación durante los años 90, en países que arrastraban problemas estructurales de viabilidad política, exclusión cultural y desigualdad socioeconómica.**

99

basan su discurso en épicas y retóricas de otro tiempo, así como de movimientos sociales y políticos sobreidentificados con el comunitarismo y el nacionalismo, pueden interpretarse hoy como la rearticulación del tema lacaniano del *goce*, que aparece cuando se fractura la ley simbólica (el orden y la institucionalidad). Es decir, la idea consolidada de que en una tierra sin ley, alguna figura foránea o algún amo oculto (el imperialismo, el extranjero, las empresas transnacionales, las potencias militares, los círculos bolivarianos, los comunistas cubanos) escamotea nuestra tradicional relación de goce con la “Cosa Nacional”, independientemente de cómo se entienda.<sup>12</sup>

Aquí vale mencionar que Lacan invirtió una fórmula de Dostoievski para explicar cómo funciona la dinámica del goce y del robo de goce en las sociedades modernas. Lacan afirma: “si Dios ha muerto, entonces todo está prohibido”, es decir, si la ley simbólica, si los ordenamientos jurídicos y las jerarquías dejan de funcionar (quedan suspendidas), entonces se produce una especie de paranoia social generalizada ante la perspectiva de que *los otros* terminen robándose nuestro más preciado tesoro. De allí que la industria de la seguridad privada haya sido la gran beneficiaria del régimen de excepción que ha vivido el país en los últimos años. ¿Y

la gran perdedora? La política, por supuesto, como relación con los *otros*.

#### EL NUEVO AMO

Habría que invertir radicalmente la crítica que hace Néstor García Canclini de los fenómenos políticos que han aparecido en Latinoamérica a finales del siglo XX<sup>13</sup>. Propiamente, esos fenómenos no denotan una falta de imaginación política, son más bien un ejercicio de sublimación que nace en medio de la nada. ¿No se trata siempre de cambiar algo por nada? ¿No se trata de colocar en algún lugar o en alguna personalidad un atributo que no encuentra su sitio?

Lo esencial es comprender que la fetichización de un pasado heroico se hace en un momento del capitalismo en que las fuerzas del mercado mundial marcan drásticamente su lógica desidentificadora de lo político (el discurso de la Universidad otra vez: la idea del consenso de expertos como herramienta que desplaza el conflicto de la gente común). Se trata, más bien, de evaluar cómo y por qué esos significantes que parecían olvidados en el subsuelo de la historia, regresan con “éxito” y sirven de comodín político para cohesionar conglomerados sociales antes abúlicos e indiferentes a las tradicionales proposiciones partidistas.

Ante un Estado desarticulado y un “significante amo” disuelto, el de la *democracia representativa* (y con ello el del Amo Universitario), aparece en el horizonte el nuevo significante que sirve para cohesionar lo popular durante los primeros años del siglo XXI, el de la *democracia participativa*, liderada precisamente por un militar populista-nacionalista, con pasado golpista.<sup>14</sup>

Hay que seguir con atención el papel ambiguo que ganaron en el imaginario social las Fuerzas Armadas a partir del 27-F: como agente de la *violencia pacificadora* (los sentimientos más golpistas que han aflorado desde entonces, desde el 4-F al 11-A) o como feroz mecanismo biopolítico, en el que la violencia del Estado es dirigida hacia las poblaciones marginales, se sataniza al barrio y se transforma en discurso policial o represivo el espinoso tema de las desigualdades sociales.

En este sentido, todo regreso a la *Arcadia nacional* como estrategia retórica e ideológica (que tenga, por supuesto, cierta eficacia y simpatía social) debe ser interpretada como una acción política retroactiva: no es una simple repetición de lo ya vi-

vido, no es un simple viaje al fondo del siglo XIX. Es el retorno al presente de un contenido reprimido (el trauma que siempre vuelve a su lugar), que fue tomando forma a partir de la generalizada orfandad que se produjo en el país después del 27-F, *cuando la excepción se convirtió en regla.*

Si queremos mantener la atención en la estructura fundamental que rige la situación que vivimos, no hay que condenar nada a priori, sino adentrarnos hasta el final en la aparición de los modelos de ejercicio político que surgieron a partir de 1999, asociados a la participación directa, el antagonismo y la lucha en la calle. Valores, precisamente, que habían desaparecido en los años de *supervivencia y excepción.*

### EL EXPERTO MEDIÁTICO Y EL SUJETO POLÍTICO

Cualquiera podría preguntarse cuál es la característica que adopta el Amo Universitario en un país donde las instituciones de saber, de investigación social y cultural están prácticamente paralizadas desde hace una década. Una primera respuesta debería venir de la mano de las principales consignas políticas que se erigieron en la era neoliberal, que se inició con CAP II. En vez de política, hablemos de *policía*; en vez de transformaciones sociales, hablemos de *gestión*; en vez de ciencia, hablemos de *técnica*; en vez de arte (como radical forma de expresión del ser), hablemos de *cultura* (de presupuestos y tortas millonarias del Conac).

Esta especie de motor a cuatro ruedas en el que pretendió andar el modelo de la democracia representativa en los 90 —*policía, gestión, técnica, cultura*— indica de buena forma la manera en que se concibió la política en esta década. No en vano fueron los economistas los que tomaron la batuta de la *real politik*, incluso desde distintas procedencias y dinastías ideológicas: de Miguel Rodríguez a Teodoro Pettkoff, de Gustavo García a Gerger Torres, de Matos Azócar a Moisés Naim (por citar a unos pocos). En una época convulsa, revuelta, con expectativas utópicas alborotadas, estos economistas y expertos varios se dedicaron a realizar intervenciones pragmáticas, “realistas” dentro de la administración pública, todas en abierta línea para salvar lo irremediable.

Ese va a ser el principal eje del discurso del Amo Universitario en estos años. Los periódicos se llenarán de cifras macroeconómicas y la crisis social será objetivada a

66

**Tendremos al menos mayor capacidad para juzgar lo que ha sucedido, cuando llegemos a comprender que la verdadera polarización en Venezuela no pasa simplemente por el peaje de la figura de Hugo Chávez.**

99

través de programas sociales, diseñados en oficinas de la administración pública, sin mediaciones reales con el barrio ni con la creciente expansión de los sectores excluidos por los ajustes neoliberales. En general, los antagonismos sociales serán criminalizados, y toda posibilidad de hacer política será transformada en un asunto de orden público (el criterio policial).

Aquí está el principal problema estructural de toda una generación, de toda una estirpe que se escudó en la investidura del “experto neutral” para pasar por actor político, por movilizador de opinión y gestor de conflictos. No en vano, muchos se afirmaron en los cuerpos de opinión de los medios impresos, muchos fueron constantemente entrevistados en programas de televisión matutinos, y afinaron así su discurso entre los cada vez más exiguos sectores de la clase media (supervivientes de la debacle, encerrados en sus hogares, chupando noticieros y periódicos para no disociarse de la realidad dura del país).

¿Puede concebirse hoy un Amo Universitario sin la vitrina mediática? En ningún caso. He allí el factor fundamental donde se encarna el discurso aéreo del experto. Los medios de comunicación fueron las grandes agencias de la gestión pública, los simuladores de una mediación inexistente que se resumía en dos tendencias informativas fundamentales: por un lado, la criminalización del barrio a través de las páginas rojas (como eje reforzador de los miedos sociales, y a su vez como mecanismo de desprecio de la *nuda vida*) y la potenciación de la opinión del experto

como verdadera autoridad para “dejar vivir y hacer morir” (los personajes de las páginas de economía, que hablaban por igual de privatizaciones y de programas sociales).

Estas estrategias aéreas sólo pueden concebirse en medio de una época en la que se dio gran importancia a la postura posmoderna (la máxima de que ya no hay esencialismos, ni determinismos, ni mucho menos materialismos), y que sirvió de marco para el proceso de globalización, para el cual lo importante eran las medidas *policiales, de gestión, administración y técnica* para la integración del mercado global.

En este precario contexto, la vida común y silvestre, la vida de los que habitan los cada vez más amplios y extensos *campos de concentración* de miseria que dejó nuestro pobre capitalismo a la criolla, no encuentra ningún punto de identificación para conectarse con estos expertos mediáticos. Ante el cortocircuito entre sociedad y Estado que produjo el 27-F, la clase política venezolana se balcanizó y dejó el terreno libre a los expertos que se manejaban en espacios mediáticos (muchos de ellos, incluso, los construían, porque un Amo Universitario que se precie, presume saber detectar necesidades temáticas en la opinión pública).

Estas limitaciones estructurales de una “clase política” (la del experto), no permiten la reconexión de un mundo aéreo, abstracto y etéreo con los barrios y los vastos sectores supervivientes de la *excepción*. Por eso resulta imposible asombrarse hoy de la radical polarización política que se ha desarrollado en el país. Mientras un movimiento político comprendía el desafío de hacer política allí donde los medios y los expertos la despreciaban, otros se dedicaban a objetivar las necesidades y demandas colectivas en nombre de los saberes y técnicas de moda.

Tendremos al menos mayor capacidad para juzgar lo que ha sucedido, cuando lleguemos a comprender que la verdadera polarización en Venezuela no pasa simplemente por el peaje de la figura de Hugo Chávez. Aquí hay que entender, definitivamente, si de ahora en adelante nos andamos por lo barrial o continuamos por lo aéreo, nos inscribimos en lo telúrico o seguimos perdidos en lo etéreo<sup>15</sup>. En fin, si escogemos participar en la lucha democrática (que no excluye en ningún caso la formación y tensión hegemónica) o seguimos cuestionando desde el gélido liberalismo posmoderno cualquier posibilidad de organización colectiva (el miedo terri-



ble de cierto individualismo a ser consumido por la voluntad “homogénea” de las masas). Hay que decidir si construimos sujetos políticos (si nos construimos, cada uno, como sujeto político) o nos dedicamos, como ciertos expertos, a fabricar objetos de discurso sin sujeto.

### ¡LAS ESTRUCTURAS SÍ CAMINAN POR LAS CALLES!

Sólo si interiorizamos que el amo siempre existe, que es inherente a nuestra condición humana (bien bajo la figura tradicional, o bajo la sofisticada al estilo universitario), podremos llegar a explicarnos algunas de nuestras terribles paradojas políticas. Una de ellas tiene que ver con la extendida insistencia del discurso moral que han hecho los expertos, para combatir las tentaciones autoritarias del gobierno de Chávez, que se manifestaron de manera decisiva a partir del 2001, cuando el jefe del Estado quiso decapitar a la cúpula de la CTV, al tiempo que fraguaba de manera subterránea un paquete de leyes esenciales para el país (49 en total), sin la debida discusión y difusión colectiva.

El alegato moral de los expertos era demostrar que estábamos ante la figura de un dictador que quería barrer de la mesa los argumentos básicos de la dinámica democrática, e imponer un régimen militarista. Aquí caben todas las descripciones y tipificaciones que se esgrimieron entonces (y aún se esgrimen) para denunciar la peculiaridad del líder bolivariano: desde la versión “benigna” del populista, hasta la comunista (con la fantasía fidelista atracando en el puerto de La Guaira); desde la encarnación de un nuevo movimiento fascista a lo latinoamericano (con las brigadas negras sueltas en la Plaza Bolívar), hasta la idea de un perverso de marca mayor al mejor estilo de Hitler (la idea de un caudillo de clase baja, con pésimos modales y resentimientos infinitos); desde el dictadorzuelo obscuro, a lo Rafael Leonidas Trujillo en República Dominicana, a la especie de maníaco depresivo con delirios de estrella de televisión; desde el emisario neoliberal con sangre de caudillo, hasta el encantador de serpientes y de gobiernos “amigos” (sobre todo de Estados Unidos después del referéndum). Lo que aquí se pierde de vista no es que alguna de estas descripciones coincida con las prácticas políticas del Presidente, sino que fueron utilizadas de manera sistemática para cohesionar a una multitud confusa que aún veía con mucha desconfianza las “mareas” de un Gobierno que se

había tardado casi dos años en echar a andar sus objetivos políticos (y lo hacía, por cierto, de manera sospechosa y poco convencional).

La coartada del discurso moral (“vamos a salvar la democracia”) tuvo su momento estelar el 11 de abril de 2002, cuando el discurso del Amo Universitario echa mano a la alta cúpula militar para elaborar una de las operaciones más increíbles de estos tiempos: el golpe de Estado, con sus razzas incluidas, sus constituciones desplumadas por decreto, y su desfile de importantes personalidades por los salones de Miraflores.

El 11 de abril logra cristalizar una de las máximas del psicoanálisis lacaniano: *la verdad tiene forma de ficción*, es decir, la verdad nunca surge del primer encuentro con una cosa (sobre todo si ésta es tan compleja), sino de otros encuentros, aunque demos por hecho que fue allí, en esos minutos de televisión de Carmona Estanga, entre tantos expertos que se pasearon por Miraflores (profesores, comunicadores, dueños de medios, empresarios), que nos cayó la locha de toda una operación fraguada, precisamente, entre los mejores expertos del país (juristas, asesores mediáticos, asesores políticos, empresarios exitosos). Es por ello que *la verdad tiene la forma del falso reconocimiento*: sólo nos damos cuenta de las cosas cuando éstas ya han ocurrido una y otra vez (la estructura operativa del 11 de abril ya estaba esbozada desde los “años infelices”, donde los expertos mandaban desde los bastidores).

La lección de todo esto es que un hecho decisivo nos puede alumbrar toda la estructura de un problema, sus personajes, agentes y operadores. Y de forma más radical: una exclusión fundamental, una ausencia dramática puede dar más luz a una situación que sus protagonistas, sus agentes y operadores. El discurso del Amo Universitario, sin embargo, siguió su camino después de abril, sin atender a las duras lecciones que la historia ofrece después de esos pasos en falso: un golpe de Estado no es poca cosa, siempre marca la memoria colectiva y redefine radicalmente los principios éticos y políticos (sobre todo cuando este golpe militar se da en nombre de la democracia, por lo que Adorno tendría cierta razón: detrás de todo liberal razonable, hay una personalidad autoritaria).

Se planificó, entonces, con los últimos grandes expertos que le quedaban a la República, una huelga petrolera que a la postre duraría dos meses. El alegato fun-

damental de la paralización del país, era otra vez que la *inteligencia nacional* tenía que salvar la democracia y provocar, a como diera, lugar un hipotético pronunciamiento militar. Sin duda, esta dirigencia pagaba, con sus propias limitaciones, otra factura que se sumó a la cuenta de la gran derrota “democrática”. ¿Qué hay en común entre un jurista tan reputado como Allan Brewer Carías y un gerente petrolero como Juan Fernández? Nada podría explicar mejor esta contradictoria manera de comportarse, de perder los modales democráticos, que la del Amo Universitario: la mentira constitutiva de este discurso es que rechaza su dimensión preformativa, trata de esconder su posición de poder en la investidura, y busca disimular sus pretensiones en diversas formas del saber.

La lección que dio el Amo Universitario podría encontrarse en una nueva lectura de Nietzsche. La idea del filósofo alemán era atacar, precisamente, a los nuevos amos de la modernidad, que surgen con moralidad de esclavo, es decir, que no están dispuestos a asumir el título de amo con todas sus consecuencias. Por eso, los expertos resultan tan miméticos y en la práctica se portan como “falsos amos”. En la hora de la chiquita, alegan su cualidad de seres omniscientes: “yo sólo soy un asesor, o un observador de tendencias”.<sup>16</sup>

La última de las derrotas del experto, en tanto posición de poder, se materializa con los preparativos del referéndum revocatorio. En una primera fase se tropezaron con el obstáculo real de salir a buscar lo que ellos mismos habían despreciado: en las experiencias del 11-A y durante la huelga petrolera de diciembre de 2003, las multitudes estaban sólo para que las mataran, como dijo uno de los tristes generaluchos del golpe del 11-A. Los expertos tuvieron problemas para la creación de su oferta electoral y para buscar al votante del barrio. Un demorado proyecto de “nación social” surgido, cómo no, entre expertos (con Diego Bautista Urbaneja como maestro de orquesta de última hora), no tardó en demostrar que por más apoyo mediático que se tuviese, la búsqueda del voto exigía salir a la calle, vencer a tu gente en el barrio, y no sólo apelar a la repetida estrategia de la telenovela truculenta que se produce desde las maquinarias mediáticas.

La fase que sella la derrota democrática definitiva se produce con los resultados del Referéndum. De nuevo, con los argumentos más abstractos y ligeros, se denunció un fraude mayúsculo, y sin recurrir a lo que siempre está en juego con las

trampas electorales, la voluntad de la mayoría (¡tenemos que aprender tanto de los ucranianos!), se regresó a uno de los discursos más estériles del experto y a sus rancias connotaciones morales: no se trata de abrir los mecanismos de participación, antes bien se trata de demostrar que sabemos más, que estamos mejor dotados para las matemáticas, que estamos en capacidad de descubrir el *quid* de los fraudes electrónicos, que nos relacionamos mejor con Harvard y Standford, y que somos, en definitiva, la excelencia que le queda a este país gobernado por un grupo de analistas “patas amarillas”.

La política, con estos patéticos casos donde la forma del experto es llevada hasta sus últimas consecuencias, quedó estancada, desahuciada y esperando nuevas fuerzas, nuevos proyectos e iniciativas sociales que logren sacarla del círculo vicioso donde está metida. La tarea pendiente está por darse en el terreno propio donde se construye hoy la hegemonía de la revolución bolivariana, entendiendo que toda construcción positiva de un régimen o de una comunidad política deja un resto de negatividad capitalizable (y articulable) políticamente, en competencia de doctrinas y principios.

Dejemos a un lado los discursos vacíos –sin sujeto político– y, con afán de verdadero interés, metamos las manos hasta el fondo, y con pasión, en la realidad dura y traumática en la que vivimos (y de la cual venimos). Metamos las manos, en síntesis, en el lugar donde están *los otros*.

■ **Héctor Bujanda: Licenciado en Comunicación Social UCV. Fue coordinador de política en *El Nacional***

**Referencias bibliográficas**

- 1 Zizek afirma que detrás de toda investidura de experto se esconde una posición de poder que debe ser disimulada para alcanzar un discurso con pretensiones de verdad. La función del amo universitario es profundamente post-política porque renuncia al reconocimiento de los actores directos, así como al proceso preformativo de todo saber. Sobre la teoría del experto, véase Slavoj Zizek, *Violencia en acto. Conferencias en Buenos Aires*. Buenos Aires, Paidós, 2004
- 2 De allí que toda relación amorosa, social o familiar parta de la posibilidad de depositar en el otro una necesidad básica propia. El Otro, como supuesto sujeto de saber, o supuesto sujeto de desear, tiene algo que, efectivamente, a nosotros nos falta para alcanzar la plenitud.
- 3 Vale la pena mencionar que Antonio Negri y Michel Hardt tienen, en su libro *Imperio*, una pertinente y lúcida radiografía de este orden mundial, montado sobre la opinión de los expertos. Así mismo, puede conseguirse una versión más tipificada del planteamiento en el capítulo “Globalización y democracia”, *Gulas. Cinco lecciones en torno a Imperio*. Barcelona: Paidós, 2004

- 4 El pacto de PuntoFijo debe ser, a la luz de los cambios recientes, al menos matizado con esta nueva tesis: el modelo democrático de 1961 no es una virtud del consenso político, antes bien es fruto de una exclusión fundamental. En el marco de la Guerra Fría, nuestra democracia excluyó, desmembró de sus prácticas cotidianas e institucionales, la opción emancipatoria de la izquierda, que en aquel momento tenía mucha ascendencia social. Una vez que ésta fue claramente derrotada en el terreno militar, a finales de los años 60, pudo reintegrarse al sistema, pero como un rival sin cuidado, como una minoría preformativa que adornaba el juego hegemónico de las fuerzas gobernantes (AD-Copei). Sin embargo, el Pacto de PuntoFijo estableció unas coordenadas positivas de acción política, sostenidas sobre la base de la representatividad, del Estado como ente promotor y redistribuidor de la riqueza nacional, y garantizó con ello una operatividad que permitía la alternancia en el poder de los dos sujetos políticos por excelencia de entonces: el popular (AD), y el elitescio, conformado por las clases medias (Copei).
- 5 En el ámbito político, esta idea del borrón del pizarrón, de la lava que derrite todas las certidumbres y las estructuras operativas de la realidad, puede conseguirse en la visión que tiene Claude Lefort sobre la Revolución Francesa. El llama a esas situaciones radicales “disolución de los marcadores de certidumbre”. La Revolución Francesa fue el gran momento de la “invencción democrática”, de la creación *ex-nihilo* de un orden totalmente nuevo, a partir de un cruce de contingencias no del todo objetivables. Ese orden surge desvinculado del lento fluir de la historia, y no es una inmediata consecuencia del pasado. El nuevo Amo ya no proviene de la sucesión de una estirpe o del derecho de sangre, sino que se convierte en un puesto vacío, indeterminado, sujeto a la voluntad popular.
- 6 Por más que estén “contadas” las víctimas de aquellos días, aún se sospecha de la cifra, y como una diabólica danza de espectros en pena, se sigue repitiendo por los corrillos de la ciudad que en realidad murieron miles de personas durante los saqueos y el estado de excepción. Esta es una manera decisiva de comprender la dislocación permanente que hay entre lo fáctico y lo espectral, entre el número y sus fantasmas. Ese hiato es precisamente el que alimenta todo imaginario político. Ninguna política verdadera se resume jamás a la dimensión pragmática de la vida. Siempre hay algo más, algo que aviva la imaginación y el deseo colectivo de acción.
- 7 Existe una valiosa trilogía teórica del autor donde abundan los argumentos sobre el estado de excepción planetario. Vale la pena adentrarse en esta propuesta, sobre todo ahora, que se cumplen 60 años del fin de los campos de concentración nazi. Su tesis central, sin embargo, se encuentra en el libro *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia, Editorial Pre-Textos, 2003
- 8 Debo esta perspectiva al invalorable trabajo de recopilación de Susana Rotker alrededor de la violencia y los miedos en las megalópolis latinoamericanas. También a su aporte investigativo presente en *Ciudadanas del miedo*, Editorial Nueva Sociedad, Caracas, 2000.
- 9 Pocos trabajos analíticos se consiguen, en este sentido, que evalúen, sin maniqueísmos pero también sin complacencias, la acción de los medios. El hecho de que los medios no se encuentren en el centro del debate sobre la gobernabilidad y la democracia en el Continente, dice mucho de la manera cómo han sorteado, sin cuestionamientos importantes, el atoladero de haberse convertido en actores protagónicos de la política. Para una atinada descripción del panorama de los 90, véase, Jesús Martín Barbero y Germán Rey, “El estallido del espacio televisivo”, en *Los ejercicios del ver. Hegemonía audiovisual y ficción televisiva*, Gedisa, Barcelona, 1999.
- 10 Un buen ejemplo de la dimensión del problema de nuestra democracia en los años 90, se puede conseguir en las tres últimas respuestas institucionales que se dieron a coyunturas políticas decisivas: ¿no fueron la opción del “veteranísimo” Ramón J. Velásquez a la crisis de CAP II (1993), el gobierno de un Caldera *criogenizado* (1994-1998) y la candidatura adevca del caudillo de maquinaria Alfaro Uceró, para las elecciones de 1998, el mejor indicador de que había algo que estaba definitivamente muerto, y que no se necesitaban tantos astrólogos para corroborar lo que ya se respiraba desde aquel 27 de febrero de 1989?: *la democracia representativa era un pálido cuerpo inerte*.
- 11 Sobre la perspectiva que conjuga memoria, fe y desfiguración de la ciudad, véanse los ensayos del periodista Boris Muñoz “Caracas city: el matrimonio del cielo y el infierno” y “La urbe como acto de fe” en *Caracas en 20 afectos*, Museo Jacobo Borges: Caracas, 2000, y *Plátano Verde*, 2 (2004).
- 12 El rasgo sintomático más relevante de los procesos de rearticulación del nacionalismo y el comunitarismo es la aparición de una nueva paranoia social. Es decir, ambas se articulan a la vez y tienen una misma identidad. El psicoanálisis lacaniano asocia precisamente la paranoia (el miedo a que el otro venga a robarte tu tesoro más preciado) con la castración, es decir, con la forclusión del Nombre del Padre, de la ley que regula el funcionamiento de lo social. Para la explicación psicoanalítica, remito nuevamente a Slavoj Zizek, *El acoso de las fantasmas*, Siglo XXI: México, 1999.
- 13 Remito a la definición de García Canclini: “Frente a las deudas y las migraciones que relativizan la fuerza de las culturas nacionales, algunos sectores creen encontrar en las tradiciones populares las reservas últimas que podrían jugar como esencias resistentes a la globalización. Reavivar nacionalismos, regionalismos y etnicismos: así se pretendió, en la última curva del siglo XX, ahorrarse el trabajo histórico de la construcción y readaptación incesantes de las identidades mediante la simple exaltación de tradiciones locales”. En *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*, Gedisa, Buenos Aires, 2002.
- 14 La teoría del “significante amo” es una puesta al día de Slavoj Zizek a la categoría lacaniana del “significante fálico”. A grandes rasgos, puede definirse en tanto discurso social, tal como lo hemos venido afirmando a lo largo de este ensayo: “No hay razón para descartar el discurso del Amo, para identificarlo demasiado rápidamente con la ‘represión autoritaria’: el gesto del amo es el gesto fundacional de todo lazo social. Imaginemos una situación confusa de desintegración social, en la cual el poder cohesivo de la ideología pierde eficacia: en tal situación, el amo es el que inventa un nuevo significante, el famoso ‘punto de almohadillado’ que nuevamente estabiliza la situación y la vuelve legible; el discurso universitario, que luego elabora la red de saber sostiene esa legibilidad, por definición presupone y se basa en el gesto inicial del amo. El amo no agrega un nuevo contenido positivo, agrega meramente un significante que, de pronto, convierte desorden en orden...” Vid, supra Zizek, *Violencia en acto*
- 15 A este respecto, valga la tesis democrática de Chantal Mouffé: ante la globalización abstracta, hay que defender la idea de una constitución hegemónica de mayorías como fuente productora del *demos* y de la *polis*. Es decir, que las vertientes fundamentales para una lógica democrática apartada de la teoría liberal actual son el territorio o el espacio, la construcción de una comunidad política y el antagonismo como distinción del adversario. Mouffé, *La paradoja democrática*, Gedisa, Barcelona, 2003.
- 16 El tema de la moralidad del esclavo fue ampliamente tratado por Nietzsche sobre todo en su libro *La genealogía de la moral*.